

La evolución de las naciones

El hombre de todas las épocas y de todas las civilizaciones ha vivido siempre sometido a dos hechos fundamentales: el social y el individual. Su vida se ha polarizado constantemente entre la colectividad y el individuo o, lo que es lo mismo a nuestro propósito, entre la autoridad, fenómeno social y la libertad, predicado individual. Estas dos coordenadas de origen humano forman con el espacio y el tiempo el cuadro dentro del cual la humanidad se desenvuelve. En él empieza y terminará en él, el desarrollo material y espiritual de los pueblos, desarrollo que va de lo sencillo a lo complejo, de lo conocido a lo desconocido.

No hablo de la *humanidad primitiva* porque ella pasó arrastrando consigo las huellas de su peregrinación y para adivinarla en el pasado sólo son posibles hipótesis más o menos probables que nos dejan vacíos de toda certeza y ávidos de una verdadera explicación de lo que fueron las primeras jornadas de nuestra especie.

Huelgan en cambio los datos sobre las civilizaciones de la *humanidad estática* y *dinámica* que permiten formarnos una idea aproximada de la trayectoria descrita por ellas. Bien entendido que al hablar de dinamismo y estatismo sociales no se alude a la mayor o menor movilidad de los hombres en el terreno práctico, que pudiera también constituir hasta cierto punto un carácter de cada una de las categorías presentadas, sino a la *actitud del espíritu* frente a las formas externas que estructuraron perpetuamente la humanidad. Y basados en ese elemento subjetivo distinguimos una etapa de absoluta pasividad ante tales esquemas y una de quebrantamiento y subversión de los criterios que mantuvieron por muchos siglos, artificialmente, dentro de la homogeneidad humana verdaderos sedimentos sociales. A la primera hemos venido en llamarla humanidad estática y dinámica a la segunda. Sigámoslas en su desenvolvimiento progresivo.

LA HUMANIDAD ESTÁTICA.—A través del avance diferenciado de los pueblos que lo elaboraron, este período presenta desde el principio, más o menos formados, los diversos tipos de actividad que luego crecen, se desarrollan

y complican, sin dejar de ser en el fondo los fenómenos que en pequeño se presentaron en el comienzo de la vida colectiva.

Tomemos las manifestaciones económicas, político-sociales, artísticas y científicas de las diversas agrupaciones humanas.

La historia de Grecia nos dice que *económicamente* fue el heleno un pueblo que recorrió en su evolución una serie de etapas bien definidas: vida nómada, sedentaria, doméstica, urbana, interurbana e internacional. ¿Y qué pueblo no ha recorrido este ciclo? Fue acaso distinto el desarrollo de Egipto, el de Cartago o Roma? Abandonada la vida errante no se dedicaron estas agrupaciones a la agricultura, la industria y el comercio, en sus diversas escalas? En todos ellos se advierte que su evolución económica ha deambulado etapas esenciales: la actividad errante se torna en doméstica, "la doméstica en urbana, luego en interurbana, y, finalmente, en internacional. La extensión geográfica del mundo sobre que se ejercerá en adelante podrá ampliarse..., pero (desde la Grecia de Aquiles y de Homero) sus trazos característicos ya están fijados y hasta la aparición del maquinismo no habrá de modificarse en sus líneas generales."

Socialmente considerados aquellos pueblos se nos presentan estructurados sobre el mismo modelo: clases privilegiadas y clases malditas por los dioses, nacidas para la opresión y el infortunio. Si pensamos en los pueblos civilizados de Oriente: Zipango, China, Mesopotamia, Persia, Asia Menor, Siria, Palestina, Egipto, Grecia; si avanzamos sobre Roma y Cartago, y venimos aun hasta Iberia y Las Galias, ¿qué vemos? Pueblos organizados socialmente sobre unas mismas nociones: las castas o categorías sociales. El eupátrida y el ilota, el amo y el esclavo, el patricio y el plebeyo, el señor y el siervo, el noble y el llano, todos tenían un radio de actividad perpetuamente demarcado y su violación constituía un atentado contra la obra de las generaciones, un desquiciamiento de la estructura social, una inversión de todas las concepciones definitivas de entonces. Era el imperio de la jerarquía, era la inmutabilidad permanente de las escalas, era el reinado de las castas, era el encastillamiento en las categorías, era la quietud, la circunscripción, el estancamiento de los valores sociales, era, en fin, el desconocimiento de la valía y pujanza del

espíritu en aquellos que, por un raro capricho de la suerte, yacían en la base de la pirámide social, a quienes no se reconocía otro derecho que el de servir de instrumentos de comodidad y bienestar a los que se decían superiores. Y lo grave de todo ello era que ese convencionalismo de hecho pesaba sobre aquellos pueblos como un mandato divino contra el cual era imposible rebelarse. Y aun cuando aisladamente se den casos de animadversión contra tales postulados es lo cierto que ese fenómeno predomina en los imperios de Oriente y Occidente hasta un nuevo día en que el refinamiento de la cultura impone la revaluación de todos esos prejuicios en nombre de los cuales se gobernó por largos siglos la humanidad.

Pero la historia también nos dice que a medida que se avanza en las actividades materiales, que se perfecciona la agricultura, se intensifica la industria y se ensancha el comercio, se dan pasos gigantescos en los *dominios del arte*, de que dan testimonio los Jardines de Semíramis, el enigma perpetuado en la Esfinge, los ricos templos de las divinidades, la armonía griega proyectada en sus múltiples creaciones inmortales, los drenajes itálicos, los espléndidos palacios y construcciones en que derrocharon su riqueza material y espiritual los descendientes de Rómulo; y mil y una maravillas que nos legó el genio creador de una civilización que nunca comprenderán en su cabalidad quienes no gozaron ni del equilibrio ni de la intuición ni de la grandeza de aquellos avaros de plenitud. Hijos del arte fueron también los magos de la guerra, Alejandro, Aníbal y César, y aquellos magnos artífices de la palabra ante quienes se doblegaron enloquecidas las multitudes; y artistas tenemos que llamar a esos otros inmortales que supieron confundir a los humanos con la divina ilusión de sus pinceles arrebatados a los dioses.

Acorde con estos progresos avanza la evolución *científica*. Las matemáticas y las ciencias naturales hacen sus primeras salidas del estadio puramente empírico y conquistan rápidamente un campo a su dominio; la filosofía alcanza un florecer nunca igualado, y la jurisprudencia, amasada en los cerebros de Gayo y Ulpiano, Papiniano y Paulo, modela fórmulas, principios e instituciones que aun gobiernan las relaciones humanas. La misma política, que hace sus titubeos iniciales con las obras de Platón y de

Aristóteles, cobra ímpetu con el advenimiento del Cristianismo y el avance de las naciones.

A medida que el hombre progresa culturalmente, se va dilatando el horizonte de su actividad. Los pueblos que se agitaron en las riberas del Eufrates y del Tigris se van desbordando hacia el Orontes, el Nilo, el Meandro y las costas orientales y occidentales del Mediterráneo. Y en ese desplazamiento de Oriente a Occidente, Grecia y Roma, como poderosos objetivos, irán proyectando sobre la pantalla de los siglos la silueta perfeccionada y aumentada del tesoro de civilización que cada una ha recibido.

El hombre, constreñido unas veces por fuerzas externas, y las más de ellas impulsado por su propio interés, continuará modelando la obra común que se le ha transmitido, para darle cada día nuevos y más delicados perfiles. Y cuando unos decaen, generalmente por el abuso que la prosperidad engendra, avanzan otros y en un constante oscilar la civilización va adelantando y haciéndose cada vez más compleja. Decae el Oriente y surge Grecia que se constituye en el centro de la cultura y en el crisol de ella; se detiene Grecia y Roma aparece floreciente. Y en ese proceso regular cada una recibe el legado de la anterior, lo conserva, purifica y acrecienta.

Pero un buen día Roma sucumbe y la resultante de ese esfuerzo de siglos parece perderse arrastrada por el ciclón que el Norte y el Oriente bárbaros enviaban sobre el mediodía. Ese choque de dos corrientes encontradas forma como un remolino donde se agitan y menean en desordenada confusión mil cosas diversas. Pero el proceso que parecía interrumpido definitivamente sólo estaba suspenso en apariencia. La potencialidad de la obra civilizada triunfa al fin y pasados unos siglos de reposo aparente, comienzan a surgir las nuevas nacionalidades armadas de poderoso brío sobre la resultante que les habían suministrado las edades.

El Imperio romano había cumplido su misión y debía ceder el paso para que por sobre sus ruinas venerables siguiera la humanidad su peregrinación accidentada pero ascendente.

El espíritu corporativo había tomado fuerza en los primeros siglos de la Era Cristiana y esa organización de los oficios, como la adhesión del hombre al suelo que trabaja, y ciertos privilegios de casta, no sucumben en el remolino provocado por las hordas invasoras y pasado el "mare-

magnum" de aquel período, aparecen de nuevo en la organización de la Edad Media, de tal manera que al surgir las nuevas nacionalidades el individuo se presenta de nuevo oprimido bajo la tiranía de los poderes públicos, de las castas privilegiadas, de las instituciones caducas que dejó el mundo romano en su estrepitosa caída. Y ese estado de cosas debía prolongarse aun varios siglos.

Pero en este período medievo la humanidad no ha permanecido inactiva ni ha dormido el sueño que suele atribuírsele. Lentamente ha ido gestando en su seno el Renacimiento y la Reforma y preparando las modalidades de la humanidad venidera, a fin de "reencarnar los valores eternos, en cuanto se han perdido, en la vida modificada, y crear una nueva síntesis armónica del alma y del espíritu."

LA HUMANIDAD DINAMICA.—Con el siglo XVIII entramos en la era de la *humanidad dinámica*. Es la etapa de la rebeldía, de la revaluación, del triunfo de lo natural sobre lo artificial; es la era de la inteligencia emancipada.

Aquí, mejor que en cualquier otro lugar, conviene recordar estas palabras del conde de Keyserling a propósito de la mencionada centuria:

"Algún día se coincidirá en decir que el siglo XVIII fue "iluminado" tan solo en el sentido de que, por vez primera en la Europa postantigua, la inteligencia, segura ya de sí misma, iluminó el orden tradicional... El siglo XVIII fue el siglo de una vida europea en plena expansión, que contenía, como elementos todavía vivos y vivaces, la Edad Media, el Renacimiento, la Reforma, el impulso de los exploradores hacia los descubrimientos lejanos, el barroco y el fermento de las guerras religiosas: coronando todo esto, la inteligencia emancipada iluminaba esta vida compleja... De este modo la Revolución francesa no fue en modo alguno la secuencia lógica del Gran Siglo en su marcha progresiva; muy al contrario, fue el toque de agonía de una tradición cultural casi milenaria, lo mismo que la revolución de 1917 sepultó la antigua cultura aristocrática de Rusia, cuyas raíces eran a la vez bizantinas, europeas, rusas y mogolas.... Sin embargo, los grandes espíritus del siglo XVIII no se hallaban en oposición con la tradición anterior; así se ha reconocido, por lo demás, hace mucho tiempo, en cuanto a Voltaire".

Pero la humanidad no se detiene aquí en su grandiosa marcha. Continúa revaluando conceptos y haciendo adqui-

siciones. Tras las conquistas del siglo XVIII, viene el siglo XIX con su concepción social, su lucha de clases, su defensa colectiva.

El descubrimiento del hombre y el descubrimiento de la máquina son los dos hechos fundamentales que anuncian el nuevo giro de las cosas. De la máquina baste decir que le dio el vuelco a la vida económica del mundo y que el factor económico es decisivo en el desenvolvimiento de los pueblos. Y en cuanto al hombre, no parezca paradójico que hable de su descubrimiento, porque habían pasado miles de años sin que a la conciencia social hubiera llegado el hombre en su integridad. La igualdad potencial de todos y la decadencia del respeto por el aparato externo va a dar nuevo empuje a una serie de fenómenos extraños: de la mitificación del Estado va a pasarse ahora a la mitificación individual y ésta, a su vez, determinará la preponderancia del conjunto, no ya de la entidad abstracta, sino de las clases naturalmente constituidas, el apogeo del sindicalismo, el triunfo del hecho social, como hoy se dice.

Los problemas sociales tomaron en los últimos tiempos un contenido clasista que no tuvieron antes de la pasada centuria, ni menos aun en los días luminosos de la Roma imperial o de la Francia revolucionaria. Cambian los tiempos y con ellos las necesidades y las manifestaciones de la inteligencia. Tórnase sinuosa la ruta de los pueblos y la masa humana, como la ola marina, ora parece hundirse en el abismo, ora se levanta triunfadora, pero avanzando siempre bajo el secreto impulso de lo grande. Así las jornadas vividas por los hombres van mostrando una ondulación constante. Hay un momento en que el hombre, errante como las nubes del espacio, vive a caza de productos para satisfacer sus necesidades materiales; época posterior se organiza estáticamente y en torno suyo se inicia el desenvolvimiento de su actividad creadora; un nuevo día, comienza a incorporarse la industria y a marchar el incipiente negocio con diversa suerte, y para evitar la ruina de unos en ventaja de otros, por un secreto instinto, se juntan los pequeños productores para crear la estructura corporativa del trabajo, organizándose en diversos grupos profesionales con mira de una defensa interior; otro día, las modernas naciones se organizan, los príncipes se dan a la tarea de concentrar poderío económico y político hasta llegar al despotismo monárquico que debilita los gremios de los si-

glos medios y acaba con todos los fueros del individuo en aras del Estado omnipotente; pasan unos pocos siglos y los pueblos cansados sacuden el yugo tiránico y proclaman el reinado del individuo con la bella, pero utópica, trilogía de la libertad, la igualdad y la fraternidad, que prepara la explotación del trabajo por el capital, ante la tolerancia cómplice e impacible del Estado gendarme; hasta que un nuevo día la rebeldía proletaria, apelando al sindicalismo, impone una legislación protectora de sus intereses; es entonces cuando Marx y Engels y Lassalle reniegan del individualismo y mediante una nueva forma de lucha adelantan la defensa de los intereses del pueblo; ahora el individuo no está solo, lo respalda la comunión de muchos en una sola idea defensora; ante el arma dominadora del rico está ya erguido el hecho sindical; el espíritu social se ha incorporado en el bloque unido por unos mismos intereses; la lucha colectiva por la existencia ha sustituido la brega individual. Y el corporativismo surge y se desenvuelve en forma tal que ha venido a constituir el fenómeno característico de la actual organización del mundo. La defensa de grupo, la estructuración de clase, adquiere cada día nuevo empuje, y para nadie es un secreto el hecho de que el sindicalismo, surgido para solucionar un problema, vendrá a constituir, por exceso de poderío, un nuevo problema social, contra el cual comienza ya a delinearse una reacción de carácter autoritario en determinados países, dando base a lo que en los mundos de la política se ha llamado "el Estado Corporativo."

Y entre tanto el arte avanza, la economía se complica, la ciencia adelanta. El espíritu del hombre cada vez más seguro arranca a la materia sus secretos, la espolea y la estruja y en un balanceo constante avanza continuamente. ¿A dónde se dirige? ¿Qué sino lo orienta? ¿Cuál es el término de esa jornada indefinida? Abierto está el interrogante.

TOBIAS HERNANDEZ ROJAS

Colegial y estudiante de jurisprudencia de este Colegio Mayor